

Escuelas deportivas

Con el curso escolar, abren de nuevo las escuelas deportivas, en las que miles de niños y jóvenes de nuestra comarca se aplican al ejercicio de una actividad física, unas veces elegida por ellos y otra, aunque no le guste al niño, elegida por sus padres, porque ya se sabe que los padres -sobre todo el padre- transmitimos a los hijos nuestras propias frustraciones, esto es, queremos que ellos sean lo que a nosotros nos hubiera gustado ser, pero nunca llegamos a serlo.

Las escuelas deportivas suponen un avance enorme en la concepción del deporte de base, que es el deporte genuino (ecológico, se diría ahora), sin la contaminación del dinero, de la televisión, de los dirigentes y los autógrafos. Para quienes hemos tenido que irnos a Añora o a Pedroche a jugar al baloncesto porque en Pozoblanco no había canastas, para quienes si queríamos desplazarnos debíamos hacer rifas y poner parte de la paga que nos daban nuestros padres, para quienes con 15 ó 16 años hemos asistido a reuniones de federaciones provinciales donde iban los jefazos de la OJE, y quedarnos a dormir en pensiones de Córdoba, y contratar autocares, y hacer programas de radio, para quienes de jóvenes nunca hemos tenido chándal y toda nuestra equipación eran unas camisetas de camionero con el número pegado por la madre de uno de los jugadores, para quienes no tenían más balón que el de uno de nosotros, para los que nunca han tenido monitores, y ni entrenador siquiera, pues de entrenador hacía un jugador, que tenía los mismos conocimientos y la misma edad que el resto de jugadores, para éstos -decía-, que nuestros hijos tengan monitores titulados, y decenas de balones, y pabellones cubiertos, y desplazamientos pagados, y varios chándals, y una directiva de personas mayores y un Ayuntamiento que da dinero, es algo maravilloso, que compensa con creces las fatigas que debimos pasar nosotros.

El problema ahora es lo contrario. Los niños tienen tanto, que ya no saben dar un paso sin la ayuda de sus padres o de sus monitores. Y lo que es peor, por mucho que tienen, todo les parece poco. Supongo yo que en el origen del problema está la irrupción del consumo y la santificación del éxito en el mundo

de las actividades deportivas escolares, que, como no podía ser de otra forma, viene siempre de la mano de los mayores. Por un lado, el modelo deportivo que les estamos dando a los niños para una actividad lúdica y sana como es el deporte es el de gente como Ronaldo, Raúl o Figo, seres trabajadores, sí, pero sobre todo afortunados, a los que les ha tocado una lotería de habilidad y miles de millones. Que un niño que va a la escuela quiera ser mañana como Ronaldo está muy bien si, además, quiere ser otras cosas más tangibles y no descuida sus estudios. Pero, sobre todo, que el monitor quiera sacar muchos Ronaldos está muy bien si se da cuenta de que en realidad los niños van a la escuela a divertirse y a hacer ejercicio físico. Y, más importante todavía, que los padres quieran que sus hijos sean Ronaldos está muy bien si desde el principio se dan cuenta de que ni lo son ahora ni lo serán nunca, salvo que les toque la lotería. Hay mucho padre por ahí con la creencia de que su hijo es un figura y, en lugar de pensar que hay que agradecerle a la escuela o al club lo que está haciendo por él, manifiestan desde el principio exigencias propias de representantes de astros y, claro, se cargan al equipo y, lo que es peor, al niño, y no sólo como deportista.

Juan Bosco Castilla